

LA SEMANA

REVISTA GRAFICA Y DE LITERATURA. Registrada como artículo de 2ª clase en la oficina de Correos de Monterrey, el 7 de Julio de 1917.

Director, FEDERICO GOMEZ.

Tomo V.

Monterrey, 5 de Enero de 1919.

Número 81

EL BALCON DE VERONA

La pantalla es una buena amiga, de compañía silenciosa y discreta como un libro que se toma o se deja a voluntad. Yo le agradezco que sea mi colaboradora en estos breves comentarios donde gusto de volver a proyectar sus sombras; algunas de las sombras que en los elíseos de la poesía viven la eterna vida del arte. Ayer fué D'Annunzio, en cuya frente se entreteje el mirto del genio con el laurel del heroísmo, el que dió a la pantalla la Silvia de la Gioconda, mutilada de las manos como una victoria de sus alas, y modelada en metales ardientes de inquietud, dóciles a los dedos plásticos del creador, maestro de captar soberanamente las complicaciones del alma moderna. Hoy es Shakespeare el que ennoblece los senderos de la cinta, con las radiantes figuras de Julieta y Romeo, gratas a la ilusión y a la esperanza porque están embalsamados con los perfumes de un absoluto amor. Nadie puede respirar en los círculos encantados de la leyenda, sin sentirse substraído a la opaca vida por la luz que desprenden las siluetas de los amantes. Si los jóvenes ven subir sus propios deseos por la escala de Romeo tras la eterna ilusión, los que llevan enterrado en el corazón el cadáver de la esperanza, todavía pueden bendecir la vida en la sonrisa de Julieta que resucita el recuerdo más bello de la juventud. ¿Quién no cambió un juramento de amor bajo el balcón de Verona, ocultando la palidez del rostro en la máscara de la noche?

Shakespeare, ese brujo de potentes alquimias que enloquece a Macheth con el brebaje de la ambición, a Hamlet con el vino amargo de la duda, a Oteló con el mortal hebedizo de los celos, y que dilata un perfume de nardo en las almas de Ofelia y Desdémona, unió para la eternidad a la pareja gentil. Romeo y Julieta son inmortales en la memoria de los hombres por la perpetua juventud que infundió la poesía en su beso de amor, más inmarcesible que un filtro de milagrosas esencias. Por eso nuestros deseos van en pos de Romeo a la cita del jardín, en la sombra mágica ataviada de un triunfal plenilunio, cuando las estrellas tiemblan como flores de azahar sobre la frente de la noche.

Y para que el poder infinito de amor se revele en su grandeza profunda, Shakespeare lo hace surgir del odio, y con la magna videncecia de su genio, lo destaca de un fondo purpúreo de asesinatos y violencias. Es un lirio que se corona de pétalos blancos con la savia de un pantano sangriento. Un lucero que redime de súbito la negrura de un nubarrón. Un pájaro melodioso que glorifica la mañana desde la copa de un árbol envenenado. Cuando Romeo conoce a Julieta, el pensamiento de la muerte columpia la cuna de su amor. Tengo miedo—exclama—un presentimiento funesto parece decirme que en medio de las alegrías de esta noche, algún suceso, todavía suspendido de los astros, va a comenzar su curso terrible. Ella murmura con melancolía: mi único amor nace del único objeto de mi odio. Y los dos se cambian los corazones en el beso inmortal donde plugo al genio del britano escribir un himno al amor con músicas de salterios celestes.

Julieta es el símbolo fiel de la amante exacta y atenta, el vaso de elección de que hablan las Escrituras para contener íntegramente el más noble sentimiento de la vida. Semejante a sus otras hermanas trágicas, es una azucena de belleza deshojada por el ineludible dolor; por eso, lleva el presentimiento de sus nupcias truncas en la cabellera nocturna y en sus ojos de sombra. Así la vimos viche en el jardín ilusorio de la pantalla, alejando con la frase célebre el canto de la alondra que canta en su embriaguez. «No es tiempo. Ese canto es el del ruiseñor. No te vayas todavía» Yo decía dulcemente la paráfrasis de nuestro Neruo.

—«Acaso, de la duña que te ceta.—previniendo el reproche,—le digo ya me voy. No estás en vela. —¿Oves la alondra? Ya se fué la noche.—Y tú, presa de amante desvarío—respondes, la que canta es Filomena.—Nó te vayas aún, amado mío.»

Sólo con la voz de la lira puede uno tocar el manto ensangrentado de Julieta. Al triunfo del amor no cuadran otros sonidos. Porque ella no ha muerto a pesar de ser «una belleza demasiado brillante para los usos de la vida.» Pues en las noches propicias, cuando las bocas amantes se juntan en la eternidad efímera del beso embrujado de luna la enamorada de Romeo, sonríe con la flor bermeja de sus labios desde el balcón de Verona.

Lázaro P. FEEL